

continente, en fin, que era el de un hombre perfectamente penetrado de lo que decia; cosa que se apreciaba tanto mas, cuanto que se encontraba menos en los otros predicadores, pues entonces, segun el género admitido en esta época, la predicacion no era sino un caos informe de árida teología, de filosofía abstracta, de citas profanas griegas y latinas, de erudito fárrago y de patética ampulosidad. Francisco, por el contrario, tenia el buen sentido de mantenerse en esa elocuencia sencilla y natural, grave y modesta, que es el verdadero lenguaje de la unción y de la dulce persuasión.

Si combatia un vicio, no era atacándolo con invectivas, sino mostrándolo tal cual es, deforme y despreciable, oponiéndole la virtud, y presentando esta á la inteligencia como soberanamente razonable, al corazón como infinitamente amable. Un lenguaje semejante no podia menos de arrebatarse á los pueblos que, en medio de la depravacion del gusto, conservan siempre el instinto de lo bello.

Los sermones impresos del Obispo de Ginebra, dejan sin duda mucho que desear; pero la falta no está en el predicador. No tenemos mas que el sermón de la Asunción escrito de su mano; los demás han sido recogidos por los oyentes, que los han arreglado á su modo, ó no son mas que borradores trazados por el santo Obispo, y llenados por los editores (1). «No se encuentra en ellos ya, dice uno de sus historiadores (2), ni su espíritu ni su eminente doctrina, ni las gracias de su elocuencia, ni los poderosos atractivos de su piedad: lo que hacia en otro tiempo correr las lágrimas, escitaba la admiracion de todos los

(1) Un editor moderno de las obras completas de San Francisco de Sales, afirma: 1.º que la edicion de los sermones del santo publicada en 1641, contenia veinticinco sermones *escritos de su mano*, pero que muchos de estos sermones no eran mas que diseños que algunos editores han respetado, y otros han arreglado á su modo; 2.º que algunos sermones habian sido fielmente recogidos por las religiosas de la Visitacion de Annecy, pero que, sin embargo, la santa Madre Chantal deseaba vivamente su correccion: lo que nos hace creer que la reproduccion no era tan fiel como lo pretende el editor.

(2) El Sr. de Maupas, prólogo.

oyentes, atraía á los hombres mas grandes de Francia, de Saboya, del Piamonte y de Italia, resultando siempre las iglesias demasiado pequeñas, no tiene sino muy poco atractivo hoy para los lectores.» Este juicio del Sr. de Maupas es quizá un poco severo, y aunque no tengamos mas que despojos de la elocuencia de Francisco de Sales, aún son hermosos restos, cada uno de los cuales basta para hacer apreciar lo que seria el sermón entero.

CAPITULO II.

De los medios por los que Francisco de Sales se elevó á la santidad (1).

En el capítulo precedente no hemos considerado á Francisco de Sales sino como hombre, y hemos visto en él al hombre amable, instruido y lleno de talento. Ahora vamos á estudiarle como santo, lo cual constituye otro punto de vista no menos interesante para el corazón y para el espíritu. Pero así como para llegar á la cima de una alta montaña es preciso trepar por los senderos que conducen á ella, así antes de entrar en la relacion de las diferentes virtudes que han constituido la elevada santidad del Obispo de Ginebra, es preciso seguirle en los senderos por donde llegó á tan sublime perfeccion. Su rara inteligencia comprendió muy pronto que la ligereza del espíritu, tan poco inclinado á las cosas espirituales y tan facil á distraerse, y la mala tendencia del corazón, tan inclinado hácia la criatura con preferencia al Criador, eran los dos principales obstáculos á la virtud, siendo necesario oponerles la reflexion y la oracion; la reflexion, que fija é ilustra el espíritu, y la oracion, que desprende el alma de las cosas criadas, la une á Dios, y atrae la gracia que es la gran reformadora de los corazones.

(1) Dep. de santa Chantal, art. XXXIII.

En consecuencia de esto, el primer medio que empleó fué la fidelidad á la oracion, y este ejercicio de reflexion y oracion á la vez, fué el soberano objeto de su estimacion. «La oracion, decia (1), iluminando nuestro entendimiento »con la claridad y la luz divina, purifica tanto nuestro »entendimiento como nuestra voluntad de afectos depravados.... Es el agua de bendicion que, con su riego, »hace reverdecer y florecer las plantas de nuestros buenos »deseos, limpia nuestras almas de sus imperfecciones, y »apaga en nuestros corazones la sed de nuestras pasiones.» Por eso cada mañana consagraba á ella lo menos una hora; por la tarde acompañaba el rezo del rosario con la meditacion de los misterios, en lo que empleaba otra hora; y además de eso, todos los momentos que durante el dia podia robar á los negocios los dedicaba á la oracion, sin contar con las horas de la noche que tomaba de su sueño para entregarse á este santo ejercicio, el mas noble y útil al mismo tiempo que puede ocupar al hombre sobre la tierra.

Procedia en sus oraciones con la misma sencillez que en el resto de sus acciones: hablaba con nuestro Señor familiarmente, como un niño con su padre; y muchas veces de una sola palabra, de un solo pensamiento que llevaba á la meditacion, de una sola peticion de la oracion dominical ó de la salutacion angélica sacaba tan dulces y santos afectos, que le ocupaban todo el tiempo de este ejercicio. «Por esto decia, que como una gota de aceite »derramada sobre una mesa muy lisa y barnizada va »extendiéndose siempre y dilatándose poco á poco, asi »tambien de un pensamiento que llevo á la oracion sale »un dulce, simple y suavísimo afecto, el cual poco á poco »va aumentándose, y perfuma mi corazon con un bálsamo »tan precioso que no sería capaz de explicarlo.» Otras veces se presentaba en la oracion con un solo sentimiento, y era la disposicion de agradar á su amado, de recibir de

(1) *Introduccion á la Vida devota*, p. II, cap. I.

él lo que tuviera á bien derramar en su corazon, ó de no recibir nada si le agradaba mas no derramar nada en él. «¡Oh Dios! decia, vedme aquí delante de vos; esto me »basta; yo descanso en vos, me abandono en vos; haced »en mí y de mí lo que os agrada, que yo siempre estaré »contento con tal que vuestro benéplacito se cumpla en »mí. ¡Guárdate, alma mia, de poner obstáculos á la operacion de Dios! Encerrémonos en ella sin movernos ni poco »ni mucho. ¡Oh espíritu, no siempre podemos dominarte! »Dios mio, detened este miserable atolondrado. ¡Oh quién »me concederá esta gracia, sino vos, Jesus mio!» Obtuvo en efecto esta gracia, y él mismo nos hace saber que llegó hasta el punto de no distraerse nunca. «¿Cómo podeis, »en medio de este estruendo de negocios que os asedian, »vacar tranquilamente á la oracion? le preguntó un dia »uno de sus amigos.—Gracias á la divina bondad, contestó, »estoy libre de distracciones todo el tiempo que me ocupo »en santas meditaciones.» «No sé qué he hecho á Nuestro »Señor, dijo otro dia á un canónigo de Annecy, que su »misericordia es incomprendible conmigo, porque no bien »me he puesto en oracion olvido todo, excepto á él, y me »parece entonces que no estoy mas que en él.» (1)

El santo Obispo no se inquietaba por las arideces que experimentaba en este santo ejercicio. «Cuando Nuestro »Señor, decia, me da buenos sentimientos, los recibo con »sencillez y con una reverencia muy profunda, mezclada »de confianza, manteniéndome muy humilde, pequeño y »abatido en su presencia, como un hijo de amor. Cuando »no me los da, no pienso en ello ni me detengo á considerar si estoy consolado ó desolado.» Hubo un tiempo, en efecto, en el que estuvo privado de todo gusto sensible, derramando Dios sus luces sobre la parte intelectual de su alma, sin que la parte sensible ó inferior participara de ellas; pero por lo comun su rostro inflamado y casi radiante al salir de la oracion, demostraba las grandes sua-

(1) Juan de San Francisco, p. 493.

vidades interiores que habia gustado en ella. Un dia los sacerdotes del palacio episcopal, al pasar delante de su cuarto, cuya puerta habia dejado por descuido abierta, le vieron de pie con los brazos estendidos al cielo y como suspendido en éxtasis. Confuso por haber sido descubierto, corrió al punto hácia ellos y les dijo: «Hermanos »mios, si habeis visto en mí alguna cosa, os ruego no lo »digais á nadie.» (1)

Para demostrar, además, cuán adelantado estaba en este ejercicio, bastará recordar la manera tan delicada y perfecta con que ha descrito en sus obras los diferentes grados de la oracion y de la contemplacion. No se puede ser tan gran maestro en estas cosas sin haberlas experimentado. Seguía en su oracion el método ordinario, y aunque dos ó tres veces, habiéndose puesto en la presencia de Dios sin preparacion, se hubiera encontrado, segun su espresion, «estremadamente bien cerca de su Majestad, con un solo »y simplicísimo afecto de amor, no se atrevió á practicar »esto de ordinario. Quiero seguir, dice con su incomparable candor, el camino de los santos que nos han precedido y de los sencillos; y no creo saber tanto que no »me considere contento y muy contento con que me »ayuden, deponiendo mi parecer y siguiendo el de aquellos que deben saber mas que yo.» (2)

Algunas veces, hácia el fin de su vida, sus grandes ocupaciones no le dejaban tiempo para consagrar una hora entera á la oracion, y entonces lo suplía con mayor recogimiento el resto del dia, y una union continua con Dios, lo que le permitió decir á la santa Madre de Chantal, cuando esta le preguntaba si habia podido hacer su oracion por la mañana: «No, contestó, pero hago lo que »equivale á ella.» Es decir, que en todo lo que hacia ó decia no buscaba mas que la mayor gloria de Dios, y en eso ponía toda su dicha. «¡Oh que excelente es la oracion

(1) Dep. de Lesmontes.

(2) Carta CXCVI.

»activa!» decia un dia á uno de sus amigos; y habiéndole preguntado este amigo qué entendía por oracion activa: «Es, contestó, hacerlo todo en presencia de Dios y por su »servicio.»

Con efecto, el ejercicio de la presencia de Dios era el segundo medio que empleaba para elevarse á la santidad, objeto de todos sus deseos (1). Convencido de que la disipacion, si la dejaba entrar en su alma, hubiera dispersado muy pronto é inutilizado la buena semilla que habian depositado en ella las reflexiones y la oracion de la mañana, se habia formado dentro de sí como un templo, ó una soledad interior que llamaba el *Santuario de Dios*, donde no encontraba nada mas que el alma sola con Dios (2). Allí las noticias que disipan y preocupan tenian tan poco acceso, que decia á uno de sus amigos: «No me ocupo ni »hablo nunca de los negocios del mundo, sino por modo de »distraccion involuntaria.» (3) Allí, como abismado en el piélago de las perfecciones divinas, tan pronto consideraba á Dios como su Señor, su Rey y su Juez, manteniéndose su espíritu aniquilado á sus piés, como le consideraba como á su padre, su bienhechor y su amigo, animándose á amarle cada vez mas, y permaneciendo con frecuencia unido á Él como á su todo, despues de lo cual, todo lo demás es nada y menos que nada. Si estaba solo, se deleitaba en Dios á su placer; si estaba agoviado de negocios ó rodeado de personas que deseaban hablarle, se mantenía unido á Dios con frecuentes elevaciones de espíritu y de corazon. «No es creible, escribia á la santa Madre Chantal (4), hasta qué punto estoy rodeado por todos lados de »negocios; no obstante, mi pobre y miserable corazon »nunca tuvo mayor reposo y deseo de amar á su divina »Majestad.» (5)

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. VII, sec. II.

(2) Juan de San Francisco, p. 461.

(3) Dep. del Marqués de Lullin.

(4) Carta DCXLII.

(5) Mr. de Cambis, t. I, p. 401.

Nunca, dice uno de sus historiadores, sus ocupaciones exteriores, que eran continuas, le causaban la menor disipacion. Su aspecto solo hacia ver, que mientras se ocupaba con los hombres conversaba con los ángeles y respetaba la presencia de Dios. «Monseñor, le dijo un dia una »hermana de la Visitacion, llevais la vista muy baja por la »ciudad.—¿Y os parece, hija mia, contestó el santo, que »sin eso se podria marchar en la presencia de Dios? ¿Acaso »no está Dios en todas partes, añadió, y no se debe pensar »en Él sin cesar?» (1) Por eso la caridad, que le obligaba á comunicarse esteriormente, no le quitaba nada de la atencion interior que hubiera procurado la mas austera piedad; y sin embargo, este recogimiento no tenia nada de sombrío ni de triste, notándose siempre en su rostro una alegría dulce y moderada, que daba á sus conversaciones un encanto infinito, añadiendo la santa presencia de Dios un indefinible aumento de brillo á sus virtudes, como la presencia del sol da mayor lustre á las flores (2). «Cuando »tenia la dicha de entrar en su cámara, cerca de su oratorio, dice un testigo en el proceso de su canonizacion, »le encontraba siempre tan atento á Dios y á las cosas celestiales, que parecia que ningun negocio podia distraerle (3).» «He comido á menudo á su mesa, dice otro, he »conversado á menudo con él, y declaro no haber oido »nunca salir de su boca ninguna palabra que no fuese de »Dios, ó que no escitase al amor divino con una suavidad »sin igual.» (4) La santa Madre Chantal le preguntó un dia si estaba mucho tiempo sin pensar en Dios, á lo que contestó: «Algunas veces un cuarto de hora.»

Todas las mañanas, en la oracion, entraba en este santo recogimiento, y despues su oracion iba estendiéndose todo el dia sobre el curso de sus acciones, sin que nada en el

(1) Vida de Santa Juana Francisca de Chantal, por el Sr. Bougaud, t. I, p. 352.

(2) El P. la Riviere.

(3) Dep. de Dumechey.

(4) Dep. del Cardenal Gard, de Messignier y de Dannant.

mundo le sacase luego de esta dulce union con su Dios, segun lo que escribia un dia. «Mi cuarto está lleno de »personas que me cogen cada cual por su lado, pero á pesar de esto mi corazon está solitario.» (1) De ahí resultaba que, con frecuencia, al salir de los negocios y de las conversaciones mas á propósito para disipar el alma, empezando á orar sin ninguna preparacion, se sentia de repente lleno de la presencia de Dios y recogido en sí mismo. Así practicaba lo que enseña en su *Introduccion* cuando dice: «La soledad interior no puede ser impedida »por la multitud de los que están á nuestro alrededor, »porque no rodean nuestro corazon sino nuestro cuerpo, y »de esta suerte nuestro corazon puede siempre permanecer solo en presencia de Dios solo.» Esto era lo que él llamaba su paraíso en la tierra. «¡Oh qué feliz, esclama, es »el alma que en la tranquilidad de su corazon conserva »amorosamente el sagrado sentimiento de la presencia de »Dios! porque su union con la divina bondad llenará su »espíritu de infinita suavidad..... ¿Y por qué se inquietará »el alma recojida en Dios? añade. ¿No tiene bastante motivo para permanecer en reposo? Porque ¿qué buscará »si ha encontrado lo que buscaba? No le queda mas que »esclamar: He hallado al que ama mi alma, y no le dejaré ya.»

Tenia la costumbre de decir que la mayor parte de las faltas que se cometen provienen de no mantenerse bastante en presencia de Dios (2); y en su consecuencia, para perfeccionarse en este santo ejercicio, que llamaba el custodio de la pureza y de la inocencia (3), recurria á varias santas industrias. Cuando estaba solo en su cuarto cantaba dulcemente, como por modo de recreacion espiritual, salmos, himnos y cánticos apropiados á los tiempos y misterios que celebraba la Iglesia, «y lo hacia, dice un testi-

(1) Carta DCCCCLIV.

(2) El P. la Riviere, lib. IV, c. XLV, máxima 12, p. 569.

(3) Dep. de Miguel Favre.

»go, con un tono tan modesto y religioso, que se veía bien »que tenía el espíritu y el corazón llenos de los pensamientos que las palabras espresaban.» Si estudiaba, adoraba la verdad oculta bajo la corteza de las letras, y su estudio era una oración que le recogía. Si hablaba, de todos los asuntos de conversación sacaba reflexiones propias para inclinarse á la virtud y al amor de Dios (1). «Cuando el mundo viene á daros noticias, decía, es preciso dárselas también, pero del otro mundo.» (2) Si veía hermosos paisajes: «Somos, decía, el campo del Señor; debemos cultivar y sembrar en él el grano de su palabra.» Cuando veía una iglesia: «Somos templos vivos del Espíritu Santo, y debemos adornarlos de virtudes.» A la vista de un árbol con flores: «No son solamente flores, sino frutos lo que Dios nos pide.» Las hermosas pinturas le recordaban que el alma es imagen de Dios y debe hacerse semejante á él; los jardines, que nuestra alma, si la adornamos con los frutos de las virtudes, será para Dios un jardín de delicias. A la vista de una fuente suspiraba: «¡Ah, cuándo beberemos á largos tragos en la fuente del Salvador!» Cuando veía los ríos: «¿Cuándo iremos á Dios como estas aguas van al mar?» Un cordero le recordaba la dulzura de Jesucristo, que se llama el Cordero de Dios. En los pobres veía los miembros amados del Salvador; en los sacerdotes sus ministros; y así toda la naturaleza le servía como de escalones para elevarse á Dios, y unirse al que era el único amor de su corazón (3).

Otra industria de su piedad era considerarse ante Dios como un hijo delante de su padre. «Haced, decía con una sencillez encantadora (4), como los niños pequeños, que con una mano se mantienen agarrados á su padre, y con la otra cojen fresas ó moras á lo largo del camino. Del

(1) Dep. de Pablo Berard.

(2) Carta DCCXXXVIII.

(3) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. IV, sec. XXVI; p. XXI, sección XXXI.

(4) *Introducción á la vida devota*, p. III, cap. X.

»mismo modo, manejando los bienes de este mundo con una mano, tened siempre con la otra la mano del Padre celestial, volviéndoos de tiempo en tiempo á Él para ver si le son agradables nuestras ocupaciones. Entre los negocios que no requieren una atención tan grande, mirad mas á Dios que á ellos; y cuando requieran toda vuestra atención, de tiempo en tiempo al menos mirad á Dios, como los navegantes que, para llegar á la tierra que desean, miran al cielo.»

No había nada, ni aun el sueño, que el santo prelado no procurase tomar sino en presencia de Dios. «Debemos tener á Dios ante los ojos, decía (1), siempre y en todas partes, tanto solos como acompañados, en todo tiempo, aun durmiendo, acostándonos en presencia de Dios, como haría aquel á quien Nuestro Señor, estando aún en esta vida, mandara dormir y acostarse en su presencia. ¡Oh Dios mío, qué modesta y devotamente nos acostaríamos si os viéramos! Sin duda cruzaríamos los brazos sobre el pecho con gran devoción.»

Sin embargo, esta vida de oración y de recojimiento no era suficiente para el deseo que tenía de su perfección. Temiendo que el tumulto del mundo y la multitud de sus ocupaciones llegasen á derramar demasiado su corazón al exterior y á ocasionar algún perjuicio á su virtud, cada año consagraba diez días á un retiro espiritual, á fin, decía, *de recoger su pobre alma, combatida por los negocios*. Esta era regularmente entre Pascua y Pentecostés, y muchas veces hacia un segundo retiro por otra época (2).

En estos días de recojimiento mas profundo, volvía á leer las resoluciones tomadas en el retiro precedente, así como el reglamento que se había trazado en los ejercicios preparatorios de su consagración. Notaba exactamente los puntos en que había faltado, los confesaba al director de su conciencia, consultaba con él sobre el modo de corregir

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XVI, sec. XLV.

(2) Dep. del canónigo Gard y de Francisco Favre.—La Riviere, p. 363.

sus menores imperfecciones, y grababa en su corazón aún más que en el papel sus resoluciones. Oraba luego largo tiempo, celebraba y hacía ofrecer en diversos lugares el santo sacrificio, para obtener del cielo las gracias necesarias para su dirección y la de su pueblo.

Estos son los tres medios con que Francisco de Sales se elevó á tan alta perfección; tales son, si se pueden decir así, los principios generadores de su santidad: vamos ahora á contar en detalle sus virtudes, y con un poco de reflexión será fácil verlas nacer de estos principios, como el arroyo nace de su fuente, el rayo de su foco y la planta de su raíz.

CAPITULO III.

Su fe.

La unión íntima de Francisco de Sales con Dios, tal como la hemos considerado en el capítulo precedente, puede darnos la medida de la viveza de su fe. Ilustrada con luces sobrenaturales por ese contacto habitual con la Divinidad, si puede decirse así, ponía su gloria en abatir su espíritu y su corazón ante la verdad de Dios, revelándonos lo que debemos creer, y ante la autoridad de la Iglesia, intérprete de la revelación divina. Lejos de serle penosa esta sumisión de su razón, le era por el contrario una dicha incomparable no estar abandonado á las volubilidades y tinieblas de su propio espíritu, y ser dirigido en su creencia por la autoridad infalible de la Iglesia. «Siento en mí, decía á la santa Madre Chantal (1), tan vivos transportes de amor por la fe, que toda mi vida he deseado morir por ella; y esto es lo que me ha llevado diversas veces á Ginebra, en medio de los herejes que atentaban contra mi vida.» Así, ni la lectura de los libros produci-

(1) Dep. de la Madre Chaugy.

dos por la herejía, que estudió para refutarlos, ni las frecuentes relaciones con los herejes, entre los que vivió para convertirlos, pudo perjudicar en nada á su fe; viendo en eso un beneficio del Cielo, por el que se complacía en darle gracias con un corazón penetrado de reconocimiento. «¡Cuántas gracias, decía, no debo á Dios, de que mi débil y corta inteligencia haya podido examinar los libros más inficionados de los herejes, sin sentir la menor impresión de su daño! ¡Oh Dios, cuando pienso en este beneficio, tiemblo de horror por mi ingratitud!» (1) «Dad gracias, dice en otra parte (2), á la soberana claridad de Dios, que derrama tan misericordiosamente sus rayos en mi corazón, que á medida que vivo entre los que están privados de ellos, veo más distintamente su grandeza y su deseable suavidad.»

Su fe, en efecto, parecía ir siempre creciendo. «Bastaba tratarle, dice la santa Madre Chantal, para reconocer que Dios le había comunicado el don de la fe con una perfección eminente, y dado acerca de nuestros misterios, sobre el sentido de las Escrituras y la verdadera doctrina de la Iglesia, conocimientos completamente extraordinarios. El Espíritu Santo había derramado en el fondo de su alma una luz tan clara, que veía las verdades de la fe con una simple vista, con una certeza, un gusto y una suavidad incomparables, que le causaban ardores interiores, éxtasis, raptos de la voluntad, y hacían que su corazón y su espíritu asintieran deliciosamente á las bellas verdades que le eran mostradas.» Oigámosle á él mismo hablar sobre este asunto. «¡Oh! Dios, escribe (3), mi alma no encuentra nada difícil de creer entre los efectos del divino amor; la belleza de nuestra santa fe me parece tan arrebatadora, que muero de amor por ella, y me parece que debo guardar el don precioso que Dios me ha

(1) Carta CLXXXIV.—*Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XVIII, sección XXX.

(2) Carta CCLXXXIII.—Dep. de la santa Madre Chantal.

(3) *Tratado del amor de Dios*, lib. VIII, c. XII.